

## EL GIRO ESPACIAL EN LAS CIENCIAS SOCIALES

FRANCISCO COLOM GONZÁLEZ  
INSTITUTO DE FILOSOFÍA, CSIC. ESPAÑA  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7812-4535>

Si la modernidad equivale, según advirtió Zygmunt Bauman (2000: 110), a la conciencia del tiempo desde el momento en que éste tiene historia, la percepción de la espacialidad de las relaciones sociales constituye la otra cara del mismo proceso. La historiografía antigua combinaba la descripción de viajes, paisajes, personas, costumbres y mitos en un relato integrado que se justificaba por sí mismo, sin mayores necesidades de explicación. Por el contrario, la separación de las categorías del tiempo y el espacio en la *Historia* entendida como ciencia de la experiencia humana en general es una concepción moderna (Gregory, 1994). Carl Ritter, uno de los padres de la moderna ciencia geográfica, al igual que otros autores de esa tradición en Alemania, como Alexander von Humboldt o Friedrich Ratzel, intentaron restablecer en sus obras el perdido nexo espacio-temporal de la narrativa historiográfica. En una conferencia de 1833 sobre los elementos históricos de la ciencia geográfica, Ritter afirmó (1852: 153):

La ciencia de las relaciones espaciales que tienen lugar en la Tierra puede prescindir de la medida temporal o de un contexto cronológico tan poco como puede una ciencia de las relaciones temporales que se cumplen en la Tierra prescindir de un escenario en el que desarrollarse.

En definitiva, así como toda historia tiene su principio y final, también tiene su lugar. Sin embargo, el predominio de la dimensión temporal en la narración del cambio histórico fue asumido como un presupuesto natural por las ciencias sociales decimonónicas. El historicismo explicaba el cambio como una secuencia de acontecimientos, no como una yuxtaposición de acciones localizadas (Schlögel, 2007).

### LA ODISEA DEL ESPACIO

La hegemonía epistemológica del tiempo sobre el espacio sólo comenzó a cambiar al hilo de la mundialización económica, las crecientes migraciones y la perceptible insostenibilidad medioambiental del industrialismo a escala planetaria. El momento fundacional del denominado “giro espacial” consistió en la

afirmación de la paridad ontológica entre espacio y tiempo (Soja, 2009: 18). También lo acompañó una cierta cautela frente al universalismo historicista típico de la Ilustración y el positivismo. No existe, sin embargo, un itinerario que permita reconstruir esa particular odisea conceptual de forma lineal y continua. Sus distintos momentos zigzaguean sobre el Atlántico y nos llevan de la Prusia decimonónica, con su ansiedad por el “espacio vital” de la emergente nación alemana, al Chicago de comienzos del siglo xx y el estudio de la moderna ciudad industrial, de los movimientos contestatarios de Mayo del 68 en París a la posmodernidad urbana de Los Ángeles en nuestros días.

Hasta mediados del siglo xx, la única corriente reconocible de pensamiento espacial en las ciencias sociales lo constituía la escuela de sociología urbana de Chicago, cuyos principales integrantes se formaron con Georg Simmel en Alemania con anterioridad a la Primera Guerra Mundial.<sup>1</sup> La obra de Simmel destaca precisamente por haber sido la primera en señalar el espacio como una precondition de las formas de sociabilidad. Partiendo de una concepción neokantiana del espacio como “posibilidad de coexistencia”, Simmel advirtió de la similar función que éste desempeña sociológicamente: el espacio hace posible las relaciones sociales que lo llenan de sentido, convirtiéndolo en algo significativo para nosotros. Por sí solo es una forma vacía que no produce efecto social alguno. La contigüidad, por ejemplo, no genera sentimientos de vecindad o extranjería. Es la acción recíproca de los individuos en el espacio la que lo dota de sentido. Son, pues, fuerzas psicológicas las que establecen los vínculos sociales partiendo de unas determinadas condiciones del espacio.

Lo que tiene importancia social no es el espacio, sino el eslabonamiento y conexión de las partes del espacio, producidos por factores espirituales [...] El espacio no es más que una actividad del alma, la manera que tienen los hombres de reunir en intuiciones unitarias los efectos sensoriales que en sí no poseen lazo alguno (Simmel, 2015: 597).

Simmel identificó la ciudad como el epicentro de la modernidad y de un nuevo tipo de relaciones sociales. Anticipando la figura benjaminiana del *flâneur*, advirtió cómo el tamaño y la heterogeneidad de los grupos humanos en la metrópolis tienden a sumergir al sujeto en la impersonalidad de las masas, aislándolo en su privacidad y, en última instancia, sumiéndolo en una soledad alienante (Simmel, 1998). Siguiendo la senda de Simmel, Louis Wirth defendió en un artículo seminal la especificidad del “urbanismo como forma de vida”, cuyas claves consistirían en la heterogeneidad, los procesos de segregación y agregación social y la competencia por el espacio:

<sup>1</sup> El compendio más representativo de este grupo lo constituye la obra conjunta de Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Roderick D. McKenzie (1925).

En términos sociológicos, una ciudad es un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos heterogéneos. El gran número explica la variabilidad individual, la relativa ausencia de relación íntima, la segmentación de las relaciones humanas, que son en gran medida anónimas, superficiales y transitorias [...] La heterogeneidad tiende a quebrar las estructuras sociales rígidas y producir una mayor movilidad, inestabilidad e inseguridad (Wirth, 1938: 1).

El término con el que Wirth y sus colegas de Chicago denominaron su enfoque, una derivación del darwinismo social, fue el de “ecología humana”. Esta perspectiva tomaba como punto de partida la interacción de los habitantes de la ciudad entre sí y con el medio urbano. Ese tipo de relación se caracterizaría por hacer simultáneos la proximidad física y el distanciamiento personal. La fluidez, la diferenciación y el anonimato de las relaciones interpersonales en las grandes urbes fomenta la asociación de los individuos a través de grupos secundarios en detrimento de los primarios. Para prevenir el potencial desorden y la falta de responsabilidad que ese anonimato genera, la sociedad urbana debe adherirse a unas rutinas rígidamente predecibles, como las pautadas por el reloj o las señales de tráfico. Los mecanismos formales de control sustituyen así a los vínculos de solidaridad que mantenían cohesionadas a las comunidades tradicionales. Esta mirada naturalista sobre el comportamiento de los grupos humanos en el espacio urbano suponía una dinámica de competencia y adaptación de los individuos a su entorno en función de factores como la etnicidad, la lengua, el nivel de ingresos y el estatus social, creando con ello “áreas naturales” habitadas por individuos con un estatus homogéneo. La llegada de nuevos flujos migratorios o cambios en los factores socioeconómicos que mantienen el equilibrio entre tales grupos se traduciría en una reordenación de la distribución espacial de los mismos. Ernest Burgess fue más allá y, tomando Chicago como laboratorio social, formuló una teoría de la agrupación urbana por zonas concéntricas (Burgess, 1925: 47-62). El núcleo de la ciudad lo constituiría su distrito económico y comercial. Por fuera del mismo existía una “zona de transición” donde se ubicaban los guetos étnicos y los lugares de la mala vida. Esta zona estaba rodeada a su vez de barrios obreros y de inmigrantes de segunda generación y, por último, por viviendas de la clase media. En la periferia se localizaban los incipientes suburbios, donde habitaban las clases más acomodadas, que se desplazaban a diario al centro de la ciudad para trabajar. Esta estructura concéntrica estaba atravesada por diversos barrios étnicos con un estatus social heterogéneo. Pese a que Chicago a comienzos del siglo XX replicaba en cierta medida la estructura que Engels había reconocido en el Manchester decimonónico, sus sociólogos no vieron en el proceso de industrialización ni en las relaciones de clase un factor determinante de los flujos de población.

La geografía humana contemporánea ha recogido la vieja intuición de Simmel para diferenciar las ideas de “espacio” y “lugar” (Tuan, 1977). El espacio

aludiría a la dimensión puramente material que sirve de receptáculo a las relaciones humanas. El lugar, por el contrario, se refiere a los significados adheridos a un determinado espacio a través de las vivencias y las prácticas materiales y simbólicas de los individuos. Un lugar es, desde esta perspectiva, un espacio cargado de significados. Esta distinción fenomenológica, apegada a la experiencia humana, posee también una reconocible raíz heideggeriana. En una conferencia pronunciada en 1951, en el contexto de la masiva reconstrucción de las ciudades alemanas tras la guerra, Martin Heidegger formuló ante un público de arquitectos la idea de que “construir” y “habitar” se encuentran en una relación de medio a fin (Heidegger, 2015). Según su particular reconstrucción etimológica y fenomenológica del término, “construir” (*bauen*) significaría originariamente en alemán “abrigar” y “cuidar”, algo muy distinto del mero “producir”. Por ello, *bauer* es también la palabra alemana para “agricultor” o “cultivador”. La dimensión amparadora del construir humano coincidiría con el rasgo fundamental del “habitar” (*whonen*), en el sentido de cuidar, custodiar o velar por algo. Habitar, hacer morada, constituye en la filosofía de Heidegger el modo de ser del hombre en el mundo, que no es otro que el de entrar en relación con lo circundante y los demás, generando así un espacio vivido, una visión situada del mundo. Aunque no lo mencionó explícitamente, su conferencia revelaba en cierta manera su disgusto por la arquitectura impersonal y racionalista que dominaba la reconstrucción urbana de posguerra. La tecnificación matemática del arte de la edificación habría perdido de vista el vínculo ontológico entre habitar y construir, una ligazón que genera “lugares” (*plätze*) en el espacio a través de la experiencia humana. La arquitectura habría terminado así por ignorar la vivencia originaria de los sujetos que deben habitarla. Esta intuición, mejor o peor comprendida, ha sido recogida por numerosos urbanistas y ha inspirado desde entonces toda una filosofía de la arquitectura (Scharf, 2007).

Los planteamientos naturalistas de la escuela de Chicago mantuvieron su vigencia hasta mediados del siglo xx. Tras la Segunda Guerra Mundial, las teorías de la *modernización*, un destilado de la interpretación de la obra de Max Weber por Talcott Parsons, se guiaron por la convicción de que existe una lógica de diferenciación funcional en todas las sociedades que, adecuadamente comprendida, permitiría encauzarlas por una senda de desarrollo similar a la de los países occidentales. Este tipo de teorías, íntimamente ligadas al funcionalismo, no concedía una especial relevancia a la dimensión espacial de los procesos sociales. La urbanización y la construcción de los Estados nacionales, tanto como el paso de la comunidad local a la sociedad estatal, fueron interpretados por lo general à la Durkheim, como una secuencia histórica entre dos formas cualitativamente distintas de asociación humana: el tránsito de unas relaciones personales y directas supuestamente naturales a formas anónimas y especializadas de interacción social. Las distintas disciplinas científicas se acoplaron a esta diferenciación, de manera que la antropología se volcó en el estudio de las sociedades “tradicionales”, mientras que la sociología y la economía se centraron en las sociedades

“modernizadas”. En este esquema, “modernización” equivalía simultáneamente a *nation-building*, industrialización, urbanización y secularización. Desde el otro lado del espectro político, las teorías de factura marxista tampoco otorgaron un rol particularmente destacado a la dimensión espacial. Según su formulación convencional, las condiciones capitalistas de producción impulsan la mercantilización del trabajo y la explotación excedentaria de la tierra, provocando la atomización de los vínculos locales y la expropiación de las poblaciones rurales. Ambas perspectivas, la modernizadora y la marxista, coincidieron así en diagnosticar un destino común para todas las sociedades tradicionales, llamadas a tornarse modernas en un determinado momento de la historia.

En la década de 1960, tras el desmoronamiento del estructural-funcionalismo como paradigma hegemónico en las ciencias sociales, tuvo lugar una auténtica eclosión metodológica que se tradujo en toda una serie de giros epistémicos de diverso signo: lingüístico, icónico, cultural, material... y espacial. La crisis del funcionalismo tuvo como efecto colateral la relativización de algunos conceptos sociológicos tenidos hasta entonces por evidentes u homogéneos, entre ellos las nociones de tiempo y espacio manejadas por el positivismo. En la vieja tradición aristotélica el espacio y el tiempo fueron concebidos como “categorías”, es decir, como predicamentos o modos del ser dotados de un estatus cognitivo independiente y superior a los datos sensibles. Siguiendo esta concepción, el orden espacial en la Edad Media fue percibido como un conjunto jerarquizado de lugares. Se trataba, por emplear la terminología de Foucault, de un espacio de “localizaciones” (Foucault, 2004). Esta teleología natural estaba acoplada al tiempo mesiánico del cristianismo: el tiempo que resta entre la primera y la segunda llegada del Mesías, es decir, entre el anuncio de la salvación y el Juicio Final. Con las revoluciones científicas del siglo XVII y la introducción del sistema heliocéntrico de Galileo, la noción del espacio infinito llevó a un proceso de desacralización del mismo. La “extensión” sustituyó así a la localización. Para la física cartesiana el espacio vacío constituía un sinsentido, ya que no puede existir espacio alguno separado de un cuerpo: toda extensión espacial es simplemente cuerpo (Descartes, 1995). El espacio era para Descartes una abstracción o “modo” de pensamiento que utilizamos para comparar las disposiciones de los cuerpos que constituyen el espacio pleno. La ubicación de un objeto en el espacio no sería más que un momento en su trayectoria y el reposo, un movimiento infinitamente ralentizado. Isaac Newton, en cambio, concibió su física por relación a un tiempo y un espacio absolutos: el espacio ocupado por un cuerpo es independiente de éste y sirve de referencia absoluta para el movimiento, así como el tiempo transcurre uniformemente sin necesidad de movimiento alguno. En su intento por fundamentar gnoseológicamente la física newtoniana sin caer en la absolutización cartesiana de la *res extensa*, Kant restituyó al tiempo y al espacio su estatus categorial, presentándolos como “intuiciones puras”, es decir, formas *a priori* de la sensibilidad y, como tales, condición de posibilidad de toda forma de conocimiento. Con ello imprimió un “giro copernicano” a la gnoseología: en

lugar de plantear el conocimiento como una adaptación de nuestras ideas a la realidad de las cosas y sus relaciones, sería la propia percepción de la realidad sensible la que se encuentra condicionada por nuestra capacidad cognitiva. De todo ello se desprendía un corolario para la ontología social: el sujeto moderno es el autor de su propia definición y proyecta su capacidad cognitiva sobre un mundo desprovisto de significados intrínsecos.

Al igual que ocurrió con el espacio en la física moderna, las ciencias sociales sometieron la idea de la “extensión” a un proceso de relativización. La criba epistemológica del positivismo, en particular desde Francia, hizo que el espacio y el tiempo históricos perdiesen su pátina unidimensional. Fernand Braudel, con el antecedente de la Escuela de los Anales, fue el primero en señalar la inexistencia de un único decurso del tiempo y reclamar una convergencia interdisciplinaria de las ciencias sociales (Braudel, 1958). Entendido como duración, el tiempo histórico contaría con múltiples velocidades: el acontecimiento a corto plazo, propio de la historia episódica, las coyunturas de medio plazo, como los ciclos económicos, y las estructuras de larga duración, cuyas alteraciones apenas son perceptibles. Su idea de la *longue durée*, magistralmente ilustrada en sus estudios sobre el mundo mediterráneo, primó los espacios geofísicos como marco para la comprensión de la temporalidad histórica. Esos espacios, no obstante, han sido en última instancia desentrañados para mostrar su contingencia y heterogeneidad. Si en la Edad Media el espacio fue concebido como un conjunto de lugares jerarquizados y en la modernidad como una dimensión absoluta en la que se desplazan los objetos, el espacio posmoderno se nos presenta como una red de “emplazamientos” definidos por relaciones de vecindad entre puntos. Como ha señalado António Hespanha (1993: 89):

De la misma forma que la concepción de un tiempo continuo, unilineal y homogéneo ha sido puesta en tela de juicio por la física primero y por la historia y las ciencias humanas después, la idea de que para un contexto social dado existe de una vez por todas un espacio con el mismo valor, significado y distribución ha sido reemplazada por la concepción opuesta: el espacio es plural y polivalente.

El contexto político de la década de 1960, marcada por las protestas y las movilizaciones sociales, presionó para reconocer las nuevas dinámicas de transformación histórica. Fue así como dos filósofos franceses, el marxista Henri Lefebvre y Michel Foucault, próximo al posestructuralismo, plantearon desde perspectivas distintas una nueva reflexión ontológica y epistemológica sobre las relaciones entre espacio y tiempo. Foucault, concretamente, anunció la novedosa primacía del espacio frente al tiempo en la modernidad:

La época actual es, quizá, la época del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, de la yuxtaposición, en la época de lo cercano y lo lejano, de lo contiguo, de lo disperso. Estamos en un momento en que el mundo se siente, creo, menos como una gran vida que se desarrolla en el tiempo que como una red que conecta

los puntos y entreteje su madeja [...]. El tiempo no aparece más que como uno de los juegos de distribución posibles entre elementos que se distribuyen en el espacio (Foucault, 2004: 12).

#### LA PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO

Los nuevos cambios sociales de la posguerra no remitían ya, sin embargo, a las reglas clásicas de producción y reproducción del capital analizadas por el marxismo, sino a unas nuevas formas de interacción entre espacio, economía y sociedad. Fue Lefebvre quien vinculó esa interacción con las prácticas espaciales en el ámbito urbano (Lefebvre, 2013). Partiendo de una ontología praxiológica, Lefebvre denunció el carácter abstracto que cobra el espacio cuando se le considera separadamente de las actividades humanas que lo dotan de sentido. Aunque esta perspectiva albergaba una serie de inquietudes filosóficas y normativas, su interés no se dirigía a la mera conceptualización del espacio. Sólo la praxis, la actividad creadora y autotransformadora de los seres humanos en los procesos colectivos de producción y reproducción social, aporta significado a los distintos usos espaciales. Este giro crítico y epistemológico situó las relaciones de poder y los conflictos sociales en el centro de los análisis espaciales, obligando al marxismo a reconocer la especificidad de lo urbano como fuerza de estructuración social, su peculiar función en los procesos de valorización capitalista y el declive de la clase trabajadora como protagonista del cambio político. El espacio de las ciudades modernas fue así concebido como un ámbito de colusión masiva de los intereses de acumulación del capital que impulsan la desposesión de los estratos sociales más débiles y la colonización de nuevos espacios. Desde esta perspectiva, la formación de guetos o la “gentrificación” de barrios depauperados no serían el resultado de la adaptación competitiva de los grupos al entorno urbano, como mantuvo la Escuela de Chicago, sino procesos sociales alimentados por los precios del suelo y la especulación inmobiliaria. El espacio, concluyó Lefebvre, no es un contexto, sino un elemento incorporado en las prácticas humanas: una producción social.

El espacio no tiene nada de “condición” *a priori* de las instituciones y del Estado que las corona. Podemos afirmar que el espacio es una relación social, pero inherente a las relaciones de propiedad (la propiedad del suelo, de la tierra en particular), y que por otro lado está ligado a las fuerzas productivas que conforman esa tierra, ese suelo (Lefebvre, 2013: 141).

El giro espacial en las ciencias sociales tuvo como corolario un renovado interés por las ciudades y los estudios regionales. Para materializar su crítica, Lefebvre aplicó a la ciudad la clásica distinción marxiana entre valor de uso y

valor de cambio. El valor de uso de la ciudad serían la vida y el tiempo urbanos. Su valor de cambio los espacios comprados y vendidos, el consumo de productos, bienes, lugares y signos. La generalización de la mercancía por efecto de la industrialización tendería precisamente a destruir el valor de uso de la ciudad, porque lo urbano se funda sobre su valor de uso. Dicho de otra manera, la vida urbana se rige por una lógica diferente de la mercancía, ya que el valor de uso de los lugares escapa a las exigencias del valor de cambio.

[Lo urbano] es lugar de encuentros, de convergencia de comunicaciones e informaciones [...] Lugar de deseo, de desequilibrio permanente, sede de la disolución de las normalidades y las constricciones, el momento de lo lúdico y lo imprevisible [...] Es una forma mental y social, la forma de la simultaneidad, de la conjunción, de la convergencia y del encuentro (Lefebvre, 2017: 102).

Lefebvre distinguió entre el “espacio percibido” (las prácticas espaciales), el “espacio concebido” o imaginado (las ideas del espacio) y el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos (los “espacios de representación”). Cada sociedad generaría históricamente su propio espacio a través de las prácticas materiales que se apropian del mismo. Se trata del espacio realizado a través del trabajo, el cultivo, la edificación, la irrigación y los procesos productivos en general. El espacio concebido, por otro lado, es “el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas, ingenieros sociales y hasta cierto tipo de artistas próximos a la cientificidad”. Este sería el espacio hegemónico en cada sociedad, los esquemas y proyectos concebidos por quienes tienen la potestad de diseñar la ordenación espacial. Por el contrario, los espacios de representación son “el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan” (Lefebvre, 2013: 97). Se trata del espacio de los habitantes y usuarios de la ciudad en general, pero también de los filósofos y novelistas que aspiran a describirlo. Lefebvre creía que éste es un espacio dominado, experimentado pasivamente a través de la simbología emanada del poder. Pero lo cierto es que la vivencia de los espacios urbanos dista de ser algo pasivo. Los espacios diseñados por el poder y los flujos económicos son reapropiados por la gente a través de su uso, transformándolos y dotándolos de nuevos significados.

En su obra titulada *El derecho a la ciudad*, escrita en el contexto inmediato del Mayo francés, Lefebvre reivindicó la vida urbana como una forma plena de existencia y condición necesaria para un humanismo renovado. Los habitantes de la ciudad eran para él portadores del derecho a disfrutar de los bienes de la vida urbana, más concretamente del derecho a habitar en su centro y no verse expulsados a las *banlieues* y guetos de la periferia. Ese proceso se había iniciado en Francia tras la revolución de 1848, cuando Napoleón III encargó al barón Hausmann la remodelación de París mediante grandes bulevares que quebraban el trazado medieval de los barrios populares, y fue seguido poco después por grandes proyectos como el de la *Ringstrasse* en Viena y el

*Ensanche* de Barcelona. En Nueva York, el fenómeno se hizo evidente tras la Segunda Guerra Mundial, cuando Robert Moses reconfiguró la red de comunicaciones con Long Island introduciendo autopistas hasta el centro mismo de Manhattan, favoreciendo con ello el proceso de suburbanización de las clases medias y la dependencia del automóvil. También se reflejó en las *new towns* inglesas de la posguerra, construidas según el modelo de las ciudades jardín, pero alejadas ya del ideario fabiano original. Este proceso de “desurbanización” y de intervención masiva en las ciudades modernas fue lo que provocó la reacción de figuras como Jane Jacobs, la periodista y activista social estadounidense convertida en conciencia crítica del urbanismo moderno, quien trató de mostrar que en las grandes urbes también existe *gemeinschaft* (vínculos comunitarios).<sup>2</sup> La obra de Jacobs es inmediatamente anterior al giro hacia el marxismo que experimentó la sociología urbana en la década de 1960. En su activismo, Jacobs arremetió contra el tipo de planificación practicada en Estados Unidos desde principios del siglo XX, descalificando el urbanismo como una pseudociencia basada en simplificaciones, supersticiones y símbolos completamente alejados del mundo real que había asumido los presupuestos simmelianos de la Escuela de Chicago sobre la alienación y pauperización generadas por la vida urbana. Jacobs creía firmemente en la capacidad de autoorganización espontánea de las ciudades en la medida en que se preservase la densidad, diversidad y vitalidad de su tejido social (Jacobs, 1961). La ciudad se le antojaba como una totalidad orgánica con capacidad endógena para autorregularse. La misión del urbanismo debía consistir por ello en gestionar la complejidad organizada que representan las ciudades realmente existentes, no en vislumbrar una condición ideal desentendida de las prácticas y necesidades de sus usuarios.

El “giro espacial” del marxismo también arremetió contra la geografía de corte positivista y el urbanismo. Esta nueva ciencia, bautizada un siglo atrás por el ingeniero catalán Ildefons Cerdà en su plan para el ensanche de Barcelona, era para Lefebvre una “ideología” fundada sobre un espejismo metodológico, ya que determina el contenido de las relaciones sociales a partir de las formas espaciales, concibiendo la ciudad como un fenómeno aislado de otras variables. El urbanismo no sería más que una visión deformada que “formula todos los problemas de la sociedad en cuestiones de espacio y traslada a términos espaciales todo lo que viene de la historia y la conciencia” (Lefebvre, 2017: 64). Para Lefebvre, el derecho a la ciudad no consistía simplemente en visitar o retornar a las ciudades tradicionales: “En la actualidad estamos concluyendo el inventario de las ruinas de una sociedad milenaria en la que el campo ha dominado a la ciudad, en la que las ideas y los valores, los tabúes y las prescripciones eran en gran medida de origen agrario”

<sup>2</sup> *Gemeinschaft* (comunidad) y *gesellschaft* (sociedad) fueron las categorías clásicas divulgadas por Ferdinand Tönnies para contraponer el tipo de relaciones predominantes en las sociedades tradicionales y en la sociedad moderna.

(Lefebvre, 2017: 129). El derecho a la ciudad significaba para él el derecho a una vida urbana transformada y renovada. Para ello se requería una teoría integral de la sociedad urbana utilizando los recursos de la ciencia y el arte. Esa “ciencia de la ciudad” debía orientarse hacia un “nuevo humanismo” alejado de las viejas referencias liberales, grecolatinas y judeocristianas que buscara otro tipo de hombre y de praxis: la praxis de la sociedad urbana. Por ello, afirmó Lefebvre, la vida urbana todavía no ha comenzado. En la medida en que los espacios de la ciudad concentran las contradicciones del capitalismo, toda revolución futura tendrá que ser por fuerza una revolución urbana. La vieja utopía marxista se convertía así en una utopía urbana, pero esa nueva condición no podían aportarla por decreto las ciencias. Sólo la vida social, la praxis en su sentido global, poseería semejante capacidad.

Con la teoría sobre la producción social del espacio la ciudad dejó de ser interpretada como un ámbito humano sometido a constricciones naturales, a la manera de los sociólogos de Chicago, para ser vista como un producto de las fuerzas sociales impulsadas por las relaciones capitalistas de producción. Para el enfoque neomarxista, el mercado se ha convertido en el principal dinamizador de las ciudades y no a la inversa, como ocurría en el pasado. La dinámica del capitalismo ya no sólo transcurre *en* las ciudades, sino *a través de* ellas: las ciudades son las nuevas fuentes de valorización del capital. Por esta razón, los efectos de la industrialización se transforman en última instancia en problemas de desarrollo urbano. Las ciudades atraeron inicialmente a la industria por la abundancia de mano de obra y la existencia de mercados locales. Inversamente, la industrialización creó nuevos empleos y la necesidad de servicios, impulsando con ello el urbanismo. Según Lefebvre, Marx y Engels no llegaron a percibir plenamente que la industrialización de la sociedad conlleva su urbanización y que el control de su desarrollo exige un conocimiento específico de sus procesos, más allá de la cuestión del alojamiento de las clases obreras.

#### LA ESPACIALIZACIÓN DEL MARXISMO Y LA NUEVA GEOGRAFÍA CRÍTICA

Inspirados en la filosofía de Lefebvre, una nueva generación de sociólogos y geógrafos críticos, con Manuel Castells y David Harvey a la cabeza, impulsó una *espacialización* del marxismo (Katznelson, 1998). La perspectiva de ambos autores, sin embargo, se encontraba más próxima al estructuralismo económico de Louis Althusser que a la ontología praxiológica de Lefebvre. Castells, en concreto, defendió la necesidad de estudiar el rol de las ciudades como espacios de consumo colectivo. Si bien reconoció el mérito de Lefebvre por vincular la dimensión de lo urbano a la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo, su reformulación del socialismo como una utopía urbana le habría hecho caer en una “metafilosofía de la historia” abstraída de las dinámicas materiales de reproducción del capital (Castells, 1977: 94). Harvey,

por su parte, formuló una síntesis de la lógica capitalista con la teoría de Lefebvre. En sus primeras obras reflejó su propia evolución teórica desde la geografía convencional. La misión de una geografía crítica debía consistir, según él, en develar las condiciones de inteligibilidad de los propios conceptos geográficos. Aunque inicialmente juzgó ingenuo “presuponer la existencia de un lenguaje adecuado para debatir simultáneamente la forma espacial y los procesos sociales”, posteriormente reconoció esa posibilidad mediante una perspectiva que explorase los mecanismos de redistribución del “ingreso real” de la población urbana (Harvey, 1973: 46). El ingreso consistiría en la suma del valor de mercado de los derechos ejercidos a través del consumo, más la variación del valor de los derechos de propiedad durante un periodo determinado. Esa fluctuación, así como el precio y la disponibilidad de los recursos, estarían vinculados a la dinámica espacial del crecimiento urbano y afectarían sustancialmente a la distribución de los ingresos reales.

Es evidente que si cambia la forma espacial de la ciudad (reubicando las zonas residenciales, las rutas de transporte, las oportunidades de empleo, las fuentes de polución, etc.) también cambia el precio de la accesibilidad y el coste de la proximidad para cualquier hogar (Harvey, 1973: 57).

La localización de los bienes sociales y procesos económicos, así como las posibles “externalidades” derivadas de los mismos (es decir, las consecuencias que afectan a terceros sin que éstos paguen o se vean compensados por ello), son un factor decisivo en los procesos de distribución y consumo de un sistema urbano. El sistema de precios resulta, sin embargo, sumamente ineficaz para la asignación espacial de recursos cuando intervienen externalidades, ya que los efectos externos sobre el valor de los derechos de propiedad no están bajo el control de sus propietarios ni responden a un sistema de mercado. Por ello, la acción política es fundamental para ubicar los costos y beneficios externos. Para Harvey, las externalidades constituyen un “campo espacial” y una fuente de desigualdad en los ingresos reales de los ciudadanos. En obras posteriores concretó el vínculo existente entre transformación urbana, desarrollo del territorio y acumulación del capital a través de la creciente “financiarización” de las ciudades. Esta lógica genera un desarrollo desequilibrado que se refleja tanto en la estructura urbana como en su composición social. Si durante el último siglo el capitalismo ha sido capaz de superar sus crisis internas, lo habría hecho en gran medida gracias a la producción y ocupación de espacio urbano. Este proceso es lo que denominó la “solución espacial” (*spatial fix*) a los problemas de sobreacumulación del capital, disminución de los beneficios y estancamiento económico mediante su implantación en espacios hasta entonces vírgenes al mismo. Esto llevaría a una de sus principales contradicciones.

[El capital] tiene que construir un espacio fijo (o “paisaje”) necesario para su funcionamiento en un determinado momento de la historia, sólo para tener que destruir ese espacio (y devaluar buena parte del capital invertido en él) en un momento posterior con el fin de hacer sitio a una nueva “solución espacial” (la apertura de un nuevo ciclo de acumulación en nuevos espacios y territorios) (Harvey, 2001: 25).

La ciudad capitalista se habría convertido así en una máquina de generar crisis económicas e injusticia territorial, una desigualdad mensurable por la diferencia entre las necesidades locales y la asignación espacial de recursos. La reivindicación de los movimientos ciudadanos debería dirigirse por ello al control democrático de los excedentes económicos generados por los procesos de urbanización. El “derecho a la ciudad” consistiría, según esta versión, en la democratización del proceso urbano, en conseguir que éste sea algo más que el derecho de acceso privado a los recursos encarnados en la ciudad (Harvey, 2008).

El enfoque de la nueva geografía crítica marxista fue matizado por otros análisis que se apartaron de la mirada eurocéntrica para resaltar las diferencias del proceso de urbanización en el Tercer Mundo, donde el surgimiento de megaciudades ha ido acompañado de un aumento masivo de la pobreza y los barrios marginales. En sintonía con la teoría de la dependencia elaborada desde la Cepal,<sup>3</sup> el geógrafo brasileño Milton Santos cifró esa diferencia en la propia organización espacial de los países subdesarrollados, orientada por intereses económicos distantes. Las enormes disparidades de renta y la jerarquización espacial de las actividades dividirían la economía urbana de estos países en dos subsistemas polarizados, cualitativa y cuantitativamente distintos: un “circuito superior” de alcance nacional e internacional, derivado de la modernización tecnológica, y un “circuito inferior” configurado por las actividades locales de fabricación artesanal, los servicios y la economía informal. La incapacidad del primer circuito, de uso intensivo del capital, para generar empleos en el segundo, de uso intensivo del trabajo, al ritmo requerido por las migraciones internas desde el campo impulsaría la formación de las megalópolis del Tercer Mundo, con sus grandes bolsas de pobreza y urbanismo informal. Para compensar ese desequilibrio, Santos estimaba necesario “tener en cuenta el circuito inferior como elemento indispensable para aprehender la realidad urbana y encontrar las medidas para atribuirle una productividad más elevada y un crecimiento sostenido” (Santos, 1979: 23). En las décadas subsiguientes, este proceso se ha visto replicado hasta cierto punto en las grandes ciudades de todo el mundo. Es en ellas donde los procesos de globalización adoptan formas concretas y localizadas. Gracias a la neutralización de la distancia geográfica a través de la tecnología, ha surgido una red de “ciudades globales” (Sassen, 2005) que actúan como centros internacionales de intercambio financiero, asesoría jurídica y

<sup>3</sup> Comisión Económica para América Latina, una de las cinco comisiones regionales de las Naciones Unidas.

fiscal, seguros, producción audiovisual, publicidad, etc. Esas ciudades funcionan también como polos de atracción migratoria, prestando una serie de servicios de base local, menos cualificados y peor remunerados, pero esenciales para el funcionamiento de los anteriores. La concentración urbana de sectores intensivos en capital y tecnología, altamente cualificados y con salarios elevados contrasta así con otros servicios intensivos en mano de obra (como la restauración, la logística, el trabajo doméstico, los cuidados, etc.), que a menudo emplean a inmigrantes extranjeros. La globalización tecnofinanciera de las grandes ciudades se ha convertido de este modo en un motor de polarización social y desigualdad urbana que incide en las dinámicas migratorias transnacionales. Esto tiene a menudo una expresión espacial adicional, como la formación de barrios étnicos y nuevos vínculos translocales, conflictos en el uso de los espacios urbanos, segregación espacial, chabolismo, etc.

Todo este conjunto de factores ha puesto de relieve la naturaleza situada de la teoría urbana y la necesidad de explorar las genealogías espaciales de otras regiones del mundo. Como hemos visto, desde perspectivas muy distintas se coincidió en criticar los presupuestos tecnocráticos, funcionalistas y eurocéntricos de la teoría y la práctica del urbanismo moderno. Durante los últimos años se ha sumado a ello la teoría poscolonial, que ha denunciado el anclaje de los supuestos fundamentales de la teoría urbana en las condiciones de los países del Norte (Roy 2011). Aun así, la inclusión de un espectro más amplio de experiencias urbanas, como las del “Sur global”, todavía tiene que demostrar que el desarrollo de formas alternativas de teorización exige rechazar el acervo de la teoría urbana existente. La conclusión más general ha sido la refutación del viejo paradigma positivista de la “ecología humana”. El cuestionable estatus epistemológico de esta disciplina radicaba en la propia forma de abordar los procesos urbanos, al abstraer el espacio de las prácticas sociales que lo convierten en vivencia de quienes lo habitan, pero también por opacar los intereses económicos y políticos que entran en juego en el crecimiento y la renovación de las ciudades. Este es un tipo de crítica que se puede hacer extensiva a las perspectivas marxistas que, al renegar de cualquier categorización que remita a constantes antropológicas o a universalizaciones abstractas, provocaron un silenciamiento colateral de la espacialidad de los cambios sociales. Castells reflejó esta postura en una frase lapidaria (1977: 108):

No existe vínculo sistemático alguno entre distintos contextos urbanos y formas de vida. Dondequiera que se observe ese vínculo, se trata del punto de partida de la investigación, no de un argumento explicativo. Por consiguiente, los entornos urbanos específicos deben ser entendidos como productos sociales y el vínculo espacio/sociedad ha de tenerse por problemático, como un objeto de investigación, más que como un eje interpretativo de la diversidad de la vida social.

## EL “GIRO ESPACIAL” Y LA SOCIEDAD RED

Fue en la década de 1990 cuando se consumó el llamado “giro espacial” en las ciencias sociales. Con ello comenzó a equipararse el valor explicativo de la dimensión espacial de la vida humana con el de su sociabilidad e historicidad. Semejante giro no obedeció a un mero capricho intelectual o a una moda académica, sino a la necesidad de lograr una cabal comprensión de los procesos sociales. Hasta entonces el espacio se había tratado como un “entorno” en el que se inscriben los comportamientos humanos, no como un elemento decisivo en su configuración. Estos debates trajeron a colación algo que a primera vista podría parecer una obviedad: que el comportamiento social es intrínsecamente espacial. Todo análisis que tome en cuenta las condiciones sociopolíticas del existir ha de partir de la condición espacial de la vida humana. Esa espacialidad comienza por nuestro propio cuerpo y su relación con el entorno, ya que éste es transformado por las acciones humanas a la vez que contribuye a articular nuestras experiencias. El espacio se nos aparece, desde esta perspectiva, como una condición ontológica o preconstitutiva de la vida social. Pero el espacio no es un *dato*, un hecho inerte o externo a los sujetos, sino un ámbito socialmente construido. Entendida como materialización espacial de las relaciones humanas, la territorialidad expresa el vínculo entre lugar, tiempo y agencia social. Sus formas históricas se han configurado a lo largo de la historia mediante prácticas colectivas dirigidas a controlar espacios material y simbólicamente delimitados (Colom, 2015). Por ello, los conflictos de poder constituyen también conflictos por el control del espacio. Una mirada “topológica” sobre la sociedad nos permite descubrir las relaciones de poder insertas en las formas de territorialidad, pues las injusticias sociales son también formas de desigualdad articuladas a través del espacio, aunque no sean sólo factores espaciales los que intervienen en ellas. Evidentemente, no todas las formas políticas mantienen el mismo tipo de relación con la dimensión territorial, pero este rasgo contribuye en gran medida a caracterizarlas. Las prácticas de colonización y las formas de dominación mediante el control micro y macropolítico del territorio son diáfanas en este sentido. Las disparidades sociales y la desigual capacidad de acceso a los bienes públicos se ven asimismo reflejadas en la organización espacial de las grandes urbes, con fenómenos de “estratificación horizontal” por etnia y/o clase y de sustitución de la población original de algunos barrios deteriorados por otros grupos sociales con mayor poder adquisitivo.

El último episodio de esta odisea intelectual del espacio culminó con el proceso de globalización iniciado tras el final de la Guerra Fría, cuyo reverso estamos comenzando a percibir a raíz de la epidemia de la COVID-19 y la guerra de Ucrania. Ambos han mostrado la fragilidad de las redes mundiales de suministro y la amenaza geopolítica que representa la interdependencia económica y energética. La mundialización supuso la sincronización espacial de una serie heterogénea de procesos: la libre circulación de bienes y

capitales creó vínculos entre productores y consumidores muy alejados entre sí, así como la deslocalización de los procesos productivos hacia lo que en un tiempo fue la periferia del capitalismo; los flujos financieros internacionales han limitado e incluso doblegado la soberanía financiera de los países; la intensificación de las corrientes migratorias ha generado nuevas tensiones ligadas a la diversidad cultural y la competencia por el estatus; la masificación del turismo ha llevado a la apropiación selectiva de determinados lugares. En este último caso, ya no se trata sólo de los enclaves diseñados *ad hoc* para el monopolio intensivo de la industria turística, como algunas zonas costeras o insulares. La “turistificación”, unida a la especulación inmobiliaria que la acompaña, ha penetrado el corazón de un número cada vez mayor de ciudades del mundo expulsando a sus vecinos, arrasando el comercio tradicional y haciendo inalcanzable el precio de la vivienda. La muerte de las ciudades por medio de su “disneylandización”, que las convierte en parques temáticos sin savia urbana, constituye tan sólo un aspecto del problema. Bajo la bandera de la libertad económica, los intereses del capitalismo turístico e inmobiliario se enfrentan al derecho de los ciudadanos a disfrutar de los bienes de la sociabilidad urbana, una dimensión que escapa a su cuantificación en términos puramente mercantiles.

Impulsadas por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, estas transformaciones han terminado por configurar un nuevo tipo de sociedad: la “sociedad red”, constituida por un espacio global de flujos comunicativos (Castells, 2010). Si en la modernidad el significado y la función de los espacios se encontraban estrechamente ligados a la localización, en la sociedad posmoderna han pasado a depender de una serie de flujos procesados a través de múltiples redes. Esta condición líquida ha generado un “tiempo intemporal”, una inmediatez permanente que reconfigura y difumina las barreras entre lo íntimo, lo privado y lo público (Giddens, 1990; Bauman, 2000). La recomposición de las conexiones espacio-temporales llevó a autores como Edward Soja, heredero de la tradición crítica de Lefebvre y Harvey, a reivindicar el espacio como la categoría central de cualquier teoría que quiera dar cuenta de la flexible complejidad de los sistemas de producción, consumo, explotación y control social de las sociedades posmodernas. Los Ángeles, una metrópolis devenida representación del mundo, se habría convertido según Soja en la ventana para observar los procesos de espacialización capitalista de la segunda mitad del siglo xx (Soja, 1989 223).

Los anteriores son ejemplos de cómo los desequilibrios sociales se generan y transmiten a través del uso del espacio: la asignación de dotaciones públicas, el trazado de las vías de transporte y comunicación, la gestión de la densidad urbana. Estos factores impactan en la vida de los ciudadanos y constituyen el núcleo de las políticas urbanas. La clave para concebir la ciudad como un derecho estriba precisamente en comprender que algunos bienes sociales, por su propia constitución, son de naturaleza urbana y no se rigen directa o exclusivamente por el valor de cambio ni por la libertad de

acceso, sino por su configuración espacial. Con ello se plantea el desafío de esbozar una teoría de la justicia que permita la evaluación normativa de las políticas urbanas. El conjunto de decisiones que atañen al consumo, la producción y la distribución territorial de los bienes sociales constituye un apartado normativo que los debates sobre planificación urbana han dado en denominar “justicia espacial” (Soja, 2000).<sup>4</sup>

#### JUSTICIA ESPACIAL

La justicia espacial trata sobre cómo organizar de forma justa y equitativa la asignación territorial de recursos limitados, la jurisdicción de los procesos decisorios sobre los mismos y la libre movilidad de las personas. Su reverso, la injusticia espacial, se plasmaría de dos maneras principales: el confinamiento involuntario de un grupo humano en un espacio limitado y la distribución desigual de recursos en el espacio (Marcuse, 2009). Los principios regulativos de este tipo de justicia abarcan, sin embargo, diversas “esferas” o “arenas”. Michael Walzer, al criticar la idea de Rawls sobre unos “bienes primarios” que todo individuo desearía poseer para considerarse social y moralmente competente, señaló que cada tipo de bien cuenta con una esfera distributiva propia (Walzer, 1983). No existe un único conjunto de bienes básicos transversal a todos los universos morales y materiales. La sociedad humana constituye una “comunidad distributiva”, pero la dinámica normativa de los distintos bienes sociales está institucionalmente mediada y depende de su significado, que es siempre local y particular (Elster, 1992). Los principios distributivos de las esferas de la justicia serían, por tanto, intransitivos, ya que cada uno de ellos obedece a hermenéuticas morales distintas. Lo que para una determinada sociedad constituye un derecho inalienable no puede regularse por el mérito o la capacidad adquisitiva, así como el dinero tampoco puede motivar el reconocimiento moral o ganar la gracia divina.

El espacio constituye, en cambio, una dimensión transversal a todas las esferas de la justicia: cualquier forma de distribución, compensación o reconocimiento está mediada en última instancia por su configuración espacio-temporal. La cuestión estriba en los criterios de justicia aplicables en cada contexto. Los principios distributivos implicados en la producción y asignación de bienes, la escala de la toma de decisiones sobre los mismos o los procesos que afectan a la libertad de movimiento o la segregación social ilustran cómo opera el espacio en cada caso. La espacialización de los principios de justicia dependerá, por tanto, de las características materiales y sociales en las que arraiga cada tipo de bien. Una asignación de infraestructuras justa, por ejemplo, puede

<sup>4</sup> La conexión de estos debates con la filosofía del espacio urbano elaborada por Henri Lefebvre desde la Universidad de París X Nanterre llevó a fundar en 2009 la revista bilingüe *Justice Spatiale/Spatial justice*, disponible en <http://www.jssj.org/qui-sommes-nous/>

atender a criterios contextualizados de equidad o proporcionalidad territorial. Soja ilustró el problema que supuso en Los Ángeles el enfrentamiento entre la Bus Riders Union, una organización de usuarios de la red de autobuses públicos, pertenecientes sobre todo a minorías étnicas y económicamente desfavorecidas, y Los Angeles County Metropolitan Transportation Authority, la administración que a mediados de la década de 1990 intentó primar un sistema de transporte ferroviario enfocado a los suburbios, habitados mayormente por clases medias blancas (Soja, 2010). En este caso se contraponían los intereses del medio ambiente y el desigual acceso a la movilidad urbana de distintos estratos sociales. En lo que respecta a la segregación residencial, los sistemas europeos de redistribución social han generado ciudades menos divididas que las estadounidenses, aunque la tendencia a dejar que el mercado dirija las políticas de vivienda está creando crecientes desigualdades. Peter Marcuse ha distinguido en este sentido los “enclaves” (espacios donde grupos autodefinidos se ubican voluntariamente para impulsar su desarrollo socioeconómico, político o cultural) y las “ciudadelas”, en las que ciertas élites se aíslan para preservar su posición privilegiada, de los “guetos”, que son concentraciones de personas identificadas involuntariamente como inferiores cuyas capacidades de ubicación residencial han sido coartadas por los intereses dominantes (Marcuse, 1997). Para medir los niveles de segregación de comunidades heterogéneas suele utilizarse el “índice de disimilitud”, que compara la distribución fáctica de los miembros de un grupo en el espacio con la que se daría por azar. Una distribución absolutamente azarosa de los integrantes de un grupo arrojaría un índice de disimilitud 0, mientras que un caso de absoluta segregación, como la practicada por el *apartheid* en Suráfrica o por la doctrina de “iguales pero separados” aplicada a los afroamericanos en Estados Unidos, arrojaría un grado de disimilitud 1.

Los conflictos por el espacio suelen estar vinculados a formas de segregación que no sólo se limitan al aspecto residencial, sino que se extienden también a las prácticas materiales e inmateriales. En el plano simbólico, la identidad de las sociedades se refleja en un registro de memorias individuales y colectivas expresado a menudo mediante marcadores espaciales. Los “lugares de memoria” describen el mapa narrativo de ese registro identitario. Se trata de elementos investidos de una relevancia específica para la autocomprensión histórica de una sociedad, bastiones tras los que se atrincheran unas referencias identitarias que, sin una vigilancia conmemorativa, serían barridas por la historia (Nora, 1989). El término usado por Pierre Nora es en realidad una metáfora, ya que tales “lugares” pueden ser también acontecimientos, personas o símbolos, pero lo cierto es que los lugares de memoria más comunes suelen ser espacios. Sometidas a continuas transformaciones, las ciudades constituyen un repositorio material de significados en permanente mutación. En ese contexto, determinados rituales y monumentos cargan de significado el espacio urbano y pueden llegar a delimitar fronteras simbólicas. De hecho, la palabra “monumento” procede del latín *moneo* (recuerdo). Un objeto o un lugar se convierten en memoria

cuando escapan al olvido mediante una serie de marcadores conmemorativos y se ven recubiertos de afecto y emoción por parte de una comunidad. Por ello, optar por una determinada ubicación para un monumento o sopesar sus posibilidades de resignificación supone abrir un debate en torno a la justicia de la memoria y la función simbólica del espacio urbano. Lo mismo sucede con la escala espacial para la toma de decisiones sobre procesos que afectan a la distribución de recursos, el ordenamiento urbano o la erección de símbolos conmemorativos. Evaluar si el ámbito más adecuado para decidir sobre una intervención es el barrio, el distrito municipal, el área metropolitana, la provincia, el Estado nacional o la esfera planetaria es algo que puede responder a criterios de eficiencia, necesidad o posibilidades de participación política. Todos estos ejemplos nos descubren las dimensiones normativas del espacio y permiten desarrollar una nueva mirada sobre la dinámica de los procesos sociales.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Zigmunt (2000), *Liquid Modernity*, Polity Press, Cambridge.
- Braudel, Fernand (1958), "La longue durée", *Annales*, vol. 13, núm. 4, pp. 725-753.
- Burgess, Ernest W. (1925), "The Growth of the City", en R. E. Park, E. W. Burgess y R. D. McKenzie, *The City*, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 47-62.
- Castells, Manuel (1977), *The Urban Question*, Edward Arnold Publishers, Londres.
- (2010), *The Rise of Information Society*, 2a. ed., Wiley-Blackwell, Oxford.
- Colom, Francisco (2015), "El territorio político. Los espacios del *demos*", en F. Colom y A. Rivero (eds.), *El espacio político. Aproximaciones al giro espacial desde la teoría política*, Anthropos, Barcelona, pp. 85-113.
- Descartes, René (1995), *Los principios de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid.
- Elster, Jon (1992), *Local Justice. How Institutions Allocate Scarce Goods and Necessary Burdens*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Foucault, Michel (2004), "Des espaces autres", *Empan*, vol. 54, núm. 2, pp. 12-19.
- Giddens, Anthony (1990), *The Consequences of Modernity*, Polity Press, Cambridge.
- Gregory, Derek (1994), *Geographical Imaginations*, Blackwell, Oxford.
- Harvey, David (1973), *Social Justice and the City*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- (2001), "Globalization and the *Spatial Fix*", *Geographische Revue*, núm. 2, pp. 23-30.
- (2008), "The Right to the City", *New Left Review*, vol. 53, pp. 23-40.
- Heidegger, Martin (2015), *Construir Habitar Pensar (Bauen Wohnen Denken)*, edición bilingüe, trad. de J. A. Escudero y A. Leyte, La Oficina, Barcelona.
- Hespanha, António M. (1993), *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la modernidad*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Jacobs, Jane (1961), *The Death and Life of Great American Cities*, Random House, Nueva York.
- Katznelson, Ira (1998), *Marxism and the City*, Clarendon Press, Oxford.

- Lefebvre, Henri (2013), *La producción del espacio*, Capitán Swing, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2017), *El derecho a la ciudad*, Capitan Swing, Madrid.
- Marcuse, Peter (1997), "The Ghetto of Exclusion and the Fortified Enclave: New Patterns in the United States", *American Behavioral Scientist*, vol. 41, núm. 3, pp. 311-326.
- \_\_\_\_\_ (2009), "Spatial justice: Derivative but Causal of Social Injustice", *Justice Spatiale/Spatial Justice*, núm. 1 (septembre/september), disponible en <http://www.jssj.org/article/la-justice-spatiale-a-la-fois-resultante-et-cause-de-linjustice-sociale/>
- Nora, Pierre (1989), "Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire", *Representations*, núm. 26, número especial *Memory and Counter-Memory* (Spring), pp. 7-24.
- Park, Robert E., Ernest W. Burgess y Roderick D. McKenzie (1925), *The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Ritter, Carl (1852), *Einleitung zur allgemeinen vergleichenden Geographie*, Druck & Verlag von Georg Reimer, Berlín.
- Roy, Ananya (2011), "Slumdog Cities: Rethinking Subaltern Urbanism", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 35.2, pp. 223-238.
- Santos, Milton (1979): *O espaço dividido. Os dois circuitos da economia urbana dos países subdesenvolvidos*, Editora da Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Sassen, Saskia (2005), "The Global City: Introducing a Concept", *Brown Journal of World Affairs*, vol. 11/2, pp. 27-43
- Scharr, Adam (2007), *Heidegger for Architects*, Routledge, Londres/Nueva York.
- Schlögel, Karl (2007), *En el espacio leemos el tiempo*, Siruela, Madrid.
- Simmel, Georg (1998), *El individuo y la libertad*, Península, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (2015), *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Soja, Edward W. (1989), *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Verso, Londres.
- \_\_\_\_\_ (2000), *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*, Blackwell, Oxford.
- \_\_\_\_\_ (2009), "Taking Space Personally", en B. Warf y S. Arias (eds.), *The Spatial Turn. Interdisciplinary Perspectives*, Routledge, Londres/Nueva York, pp. 11-35.
- \_\_\_\_\_ (2010), *Seeking Spatial Justice*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Tuan, Yi-Fu (1977), *Space and Place. The Perspective of Experience*, University of Minnesota Press, Minneapolis/Londres.
- Walzer, Michael (1983), *Spheres of Justice. A Defence of Pluralism and Equality*, Basil Blackwell, Oxford.
- Wirth, Louis (1938), "Urbanism as a Way of Life", *The American Journal of Sociology*, vol. 44, núm. 1, pp. 1-24.